

tende alzarse con sus ideas o ambiciones privadas, porque un problema tan general lo irá arrasando todo. A él, pues, hay que prestar auténtica atención y Europa tendrá, cómo no, opiniones muy consecuentes que decir, porque ella habrá sabido desprenderse de todo cuanto ha venido complicando hasta hoy sus asuntos. También porque en ella han nacido Clístenes, Aristóteles, San Francisco de Asís y tantos otros que han propagado las ideas de comprensión y fraternidad.

DÍA DE EUROPA 1968

El pasado 5 de mayo se celebró el "Día de Europa", instituido en 1965. A él se asociaron los Centros de Enseñanza Media, entre los que se distribuyó un folleto del Consejo de Europa, cuyo texto transcribimos:

CADA año, en el mundo, los ciudadanos de las naciones viejas y jóvenes celebran los grandes momentos de la historia que ha forjado su país: fiestas nacionales, aniversarios de batallas y de victorias, fiestas de la libertad adquirida o de la unidad recobrada.

¡La unidad! A pesar de los progresos que nuestro continente ha hecho sobre sus caminos, los europeos no la habían podido celebrar nunca. En 1964, los 18 países del Consejo de Europa adoptaron la idea de un "Día de Europa" que simboliza la comunidad de esperanza y de ideal de sus pueblos.

Así, el 5 de mayo de 1965, los colores de Europa fueron izados al amanecer de este primer día conmemorativo, dieciséis años exactamente después de la firma del Estatuto del Consejo de Europa en Londres.

Desde entonces, las manifestaciones que marcan el "Día de Europa" se han multiplicado y diversificado. De un extremo al otro de Europa, plazas y calles de ciudades y pueblos han recibido el nombre de Europa o el de adelantados de su unidad. Cada año, reuniones, conciertos, exposiciones, debates, festivales cinematográficos e incluso desfiles se han organizado con el tema de Europa. La bandera de Europa (un círculo de doce estrellas de oro sobre campo azul) se iza en esta ocasión sobre los edificios públicos a los lados del emblema nacional.

Sin embargo, si queremos que el "Día de Europa" sea realmente un símbolo de las esperanzas y de los ideales de nuestros pueblos y no solamente una ocasión suplementaria de festejos, debemos recordar que la unidad europea está lejos de estar terminada. Europa debe todavía hacer frente a numerosos y vastos problemas de los que los más importantes, no son siempre los que ocupan la primera página de los periódicos.

Comparada con las regiones pobres del mundo, Europa es, desde luego, una zona privilegiada y próspera. Las ruinas de dos guerras mundiales mortíferas han sido reparadas y, a pesar de algunas crisis ocasionales, la cooperación pacífica es la nota dominante de las relaciones internacionales. Los niveles de vida nunca han sido más elevados, el Mercado común y la Asociación europea de Libre-Cambio, son hoy dos de los grupos comerciales más importantes del mundo. El hambre, el analfabetismo y las epidemias han desaparecido y, veinte años después de la declaración universal de los Derechos del Hombre de las Naciones Unidas, Europa, gracias a la Convención europea de los Derechos del Hombre, es la única región del mundo que dispone de un aparato jurídico para la protección internacional de

estos derechos. He ahí un hecho del que Europa puede con razón estar orgullosa en este año 1968 que ha sido precisamente declarado, por las Naciones Unidas, Año internacional de los Derechos del Hombre.

Pero Europa está lejos de ser la Tierra prometida, como lo harían suponer estos hechos, pues esta prosperidad ha dejado una estela de problemas que hacen temer por el porvenir de nuestro continente.

En el siglo XIX, el humo que echaban las chimeneas de las fábricas era una fuente de orgullo nacional, pues era el índice del progreso. Hoy, es uno de los signos más evidentes de que el hombre, conscientemente o no, está comprometido en una guerra biológica y química contra él mismo y contra su medio ambiente.

La situación es del todo semejante en Estados Unidos, donde un informe especial destinado al Secretario de Estado de Salud, Educación y Asuntos Sociales declara: "No podemos continuar añadiendo desperdicios al aire que nos rodea. No podemos transformar más ríos y afluentes en cloacas y más lagos en letrinas. No podemos manchar nuestra tierra con los desperdicios de nuestra abundancia." Y el informe que se titula "Estrategia para un medio habitable", concluye con estas palabras: "Nuestra salud, nuestro bienestar y el de las generaciones futuras, están en juego".

El profesor I. W. Cornwall de la Universidad de Londres ha definido el medio como "la suma de todas las condiciones naturales que determinan el lugar, la región donde todo organismo, comprendido el hombre, habita. Es a la vez el suelo, el aire, el agua, la irradiación y los otros seres vivos, vegetales y animales que lo comparten." Hoy, una de las presiones más fuertes que se ejercen sobre el medio es la del hombre mismo, o más bien de la rapidez con que se reproduce. Aun cuando le hicieron falta al hombre 200.000 años para alcanzar los primeros mil millones, sólo ha necesitado cien para llegar a los dos mil y esta cifra ha sido alcanzada en 1930. Ahora ha rebasado los tres mil millones. Se calcula que harán falta quince años para que alcance los cuatro mil y esta cifra se alcanzará probablemente en 1975.

Actualmente, hay cuatro nacimientos por segundo en el mundo, o sea 125 millones de nacimientos por año, y si se deja proseguir libremente la expansión demográfica, habrá, en el año 2.400, un metro cuadrado de tierra aproximadamente para cada miembro de la población mundial. Hoy, la mitad de esta población está subalimentada y es analfabeta, y las perspectivas de poder alimentar, alojar y educar a todos estos millones de seres suplementarios son muy sombrías. Efectivamente, como ha escrito un experto británico, Robert Arvill, en una obra titulada "El hombre y su medio", "el peso sólo del número amenaza con llegar a un derrumbamiento de las estructuras de la sociedad humana".

Esta explosión demográfica es tan espectacular en las grandes metrópolis mundiales que el sociólogo americano Lewis Mumford llega a preguntarse si el planeta entero no se transformará un día en un inmenso hormiguero urbano. En 1800, no había en el mundo más que 50 ciudades de más de 100.000 habitantes. Hoy, hay 900, de las que 13 tienen más de 5 millones de habitantes y 4 más de 10 millones. En Dinamarca, el porcentaje de la población que vive en las zonas urbanas ha pasado de 43,2 por 100 en 1921 a 69 por 100 en 1955 y, en el Reino Unido, la superficie ocupada por las ciudades ha doblado entre 1900 y 1960.

Esta tendencia sería naturalmente menos alarmante si la superficie de las tierras habitables fuera ilimitada, que, evidentemente no es. En Europa, las cifras

son desgraciadamente demasiado elocuentes. Disponiendo del 4 por 100 aproximadamente de la superficie de las tierras emergidas, Europa es el continente más poblado del mundo con 89 habitantes por kilómetro cuadrado, contra 63 en Asia, y 10 en Africa y en América. La media mundial es de 23 habitantes por kilómetro cuadrado.

No sólo se desarrollan la mayor parte de nuestras ciudades, sino que luchan con problemas urgentes de restauración y de renovación. Como ha dicho el Presidente Johnson en el Congreso de los Estados Unidos en 1965, "la decrepitud física, desde la ruina de nuestras escuelas hasta la contaminación de nuestras aguas y de nuestro aire, engendra la decrepitud social. Ella echa un manto de fealdad y de desesperanza sobre el espíritu del hombre. Y esto se refleja en el aumento de la criminalidad, en el absentismo escolar, en la delincuencia y en la desorganización social."

En el mismo discurso, el Presidente Johnson exponía igualmente en detalle lo que significaba la explosión demográfica para las grandes ciudades de los Estados Unidos. "En el curso de los años que quedan de este siglo, ha subrayado, es decir, en menos de cuarenta años, las poblaciones urbanas doblarán, la superficie ocupada por nuestras ciudades será dos veces mayor y nos hará falta construir tantas casas como hemos construido desde que los primeros colonos desembarcaron en nuestras costas. Es como si tuviéramos cuarenta años para reconstruir todas las ciudades de los Estados Unidos." No tiene, pues, nada de sorprendente que un espíritu pesimista haya predicho que Europa llegaría a ser una inmensa aglomeración que se extendería de Manchester a Milán, y que otro haya anunciado el día en que:

"No quedará nada en Inglaterra
Y del sitio en que este país vivía,
Si no es una carretera toda recta a través de una parcelación,
Y un solo árbol como testimonio."

La expansión implacable de las ciudades a expensas de los espacios verdes debería bastar para convencernos de que debemos sacar el mejor partido posible de lo que den nuestros campos. Sin embargo, ¿cuántas veces no nos han herido la mirada las cortaduras de nuestras minas al cielo abierto, nuestros edificios abandonados y, en ciertos países, la erosión del suelo? En todas partes, nuestros campos retroceden lo que Robert Arvill llama "un paisaje metálico" hecho de pilones, de cables y de oleoductos.

Recientemente, otra amenaza se ha abierto paso y ha tomado a menudo la forma espectacular y repugnante de vastos cementerios de coches corroidos por la herrumbre. Es la que hace pasar el volumen sin cesar creciente de los desperdicios que nuestra sociedad produce. Más de 82 millones de toneladas de detritus se amontonan cada año en los 18 países miembros del Consejo de Europa y este tonelaje, ya increíble en sí, no debe aumentar menos del 50 por 100 en el curso de los quince años próximos. En los Estados Unidos, los detritus producidos en 1967 habrían llenado 36 trenes de vagones extendiéndose de una ribera a la otra.

Estas montañas de detritus van de los desperdicios industriales a las basuras domésticas. El que crea que las basuras caseras no plantean problema, que vaya a preguntar la opinión de 500 voluntarios de organizaciones de juventud que, en un solo día de marzo 1966, sacaron más de 700 toneladas de basuras en menos de veinte kilómetros cerca de Malmoe, en Suecia.

Los desperdicios no son solamente inestéticos, pueden ser también un peligro para la salud o la seguridad. Los vapores de gasolina de los coches abandonados tienen el riesgo de explotar mientras que los vertederos dejados sin vigilancia constituyen un lugar de predilección para la reproducción de los parásitos, exhalan a menudo un olor nauseabundo y pueden causar la contaminación de las aguas por emanación o por infiltración hasta las aguas subterráneas. En fin, se plantea una cuestión fundamental: ¿dónde poner todos estos desperdicios? Pues no solamente nuestra sociedad produce un volumen de ellos que aumenta rápidamente, sino que su naturaleza misma se modifica y llega a ser cada vez más difícil desembarazarse de ellos por los métodos tradicionales.

Como la tierra, el aire y el agua no se encuentran más que en cantidades limitadas y entonces, verdaderamente, se puede estar tentado de decir que el hombre se entrega a una guerra biológica y química. Como lo hace observar Robert Arvill, "no nos gustaría mucho encontrarnos en una alcantarilla o beber agua sucia. Cada día, sin embargo, el hombre aspira el aire 26.000 veces, es decir, de 18 a 22 veces por minuto y la mayor parte del tiempo, si no todas las veces, se trata de aire contaminado." En la ciudad de Pittsburgo, en los Estados Unidos, por ejemplo, más de siete millones de toneladas de polvo de carbón se vierten cada año en la atmósfera, mientras que en Los Angeles más de tres millones de vehículos proyectan cada día en la atmósfera 2.000 toneladas de gas de escape y 450 toneladas de ácido nítrico.

La contaminación del aire es mucho más que una simple molestia. Puede ser perjudicial para la salud del hombre y de los animales, provocar en el plano económico pérdidas importantes ocasionando gastos elevados de lavado la erosión de la piedra y el metal. En Estados Unidos, el coste anual de los daños directamente causados por la contaminación del aire se evalúa en 11.000 millones de dólares.

Parece una perogrullada decir que sin agua no puede haber vida, pero como subraya el profesor Valentine, de la Universidad australiana de Newcastle en su obra "El agua al servicio del hombre", "el agua es tan importante para el hombre como el aire que respira. En un clima razonable templado, el hombre puede pasarse sin abrigo, sin vestidos tanto tiempo como sus semejantes lo admitan, y de alimento durante varias semanas. Pero si se le priva de agua su esperanza de vida no es más que de algunos días."

Aunque el agua cubre el 70 por 100 de la superficie del globo, el 97 por 100 de este agua es agua de mar. Una gran parte, por lo demás, está helada en los glaciares y los casquetes polares o desigualmente repartida. Hoy, nuestros recursos de agua están expuestos a una doble amenaza: la del aumento de la demanda y la de la contaminación. Se prevé que de aquí al año 2000 las necesidades mundiales de agua habrán aumentado un 400 por 100. Las dos grandes consumidoras son la agricultura y la industria, y los cálculos indican, por ejemplo, que hacen falta 290 metros cúbicos de agua para producir una tonelada de acero y un metro cúbico de agua para producir un huevo.

El hombre agrava una situación ya mala contaminando sin ninguna medida sus principales fuentes de agua dulce. En el curso de un debate sobre la contaminación de las aguas en la Asamblea del Consejo de Europa en 1965, se han revelado que "el Rhin, que no es solamente la principal arteria de Euroja, sino también un símbolo de la belleza y de la diversidad del paisaje europeo, se ha con-

vertido, en 850 kilómetros, del lago de Constanza a los Países Bajos, en una gigantesca alcantarilla a cielo abierto", mientras que el lago de Zurich está biológicamente muerto.

Incluso si logramos resolver los problemas de la superpoblación, de las ciudades tentaculares y del afeamiento de nuestros paisajes, y si logramos a pesar de todo asegurarnos amplias provisiones de aire puro y de agua limpia, otro factor vendrá a poner duramente a prueba los recursos naturales que subsistan.

Este factor son los ocios. En una conferencia en la Real Sociedad Británica de Artes en 1966, el profesor Thring de la Universidad de Londres, preveía que de aquí al año 2000, la semana de trabajo se volvería a poner en 20 horas y la edad de la escolaridad se prolongaría hasta los 25 años. Un tercio aproximadamente del programa escolar se consagraría a aprender uno o varios pasatiempos.

Hoy, ya, son cada vez más numerosos los que se entregan a los ocios al aire libre, a lo que hace falta añadir el aumento gigantesco del turismo internacional. Una gran parte de estos ocios se pasa en los parques nacionales o sobre el agua. En el Reino Unido, por ejemplo, hay alrededor de tres millones de pescadores de caña y más de 100.000 naturalistas aficionados. En su libro "Estrategia para un medio habitable", los autores nos enseñan que en Estados Unidos "para mantener la relación existente actualmente entre el hombre y el espacio abierto al público, hará falta, de aquí a 1980, veinte millones de hectáreas de parques nacionales, de monumentos y de terrenos de asueto, en lugar de los diez millones de que disponemos actualmente y que muchos de nosotros juzgan muy insuficientes. Igualmente, harán falta veintitrés millones de hectáreas de bosques patrimoniales y más de once millones de hectáreas de parques nacionales".

¿Cuál será la situación en los 18 países miembros del Consejo de Europa donde la población total es mayor que la de Estados Unidos, pero donde la superficie es mucho menor?

Estas amenazas a la salubridad del medio son una fuente de viva preocupación en los países industriales de América del Norte y de Europa Occidental. Los autores de "Estrategia para un medio habitable" pretenden que "el peligro que pesa sobre la calidad del medio figura entre los problemas nacionales más importantes de nuestra época" y recomiendan que "el genio industrial y tecnológico de la Nación se ocupe de este problema".

En América, los planificadores tienen la ventaja de tener que ocuparse de un solo gran conjunto, mientras que en Europa occidental existen numerosos conjuntos nacionales. La contaminación del aire y del agua no respeta desgraciadamente las fronteras creadas por el hombre y no se detiene para pedir un visado antes de pasar a otro país. Muchos grandes sistemas hidrográficos de Europa como el Rin y el Danubio son vías de agua internacionales, y la radioactividad provocada por los ensayos nucleares chinos puede ser detectada en los Estados Unidos porque el aire circula alrededor del planeta en unas semanas.

Es natural que todos estos problemas ocupen un lugar importante en las actividades de organizaciones de cooperación internacional como el Consejo de Europa. En el Consejo, expertos estudian su evolución profundamente. Así, por ejemplo, en el mes de mayo de este año, se lanzará una campaña intergubernamental intensiva en favor del "agua limpia" con la promulgación de la Carta europea del agua. La naturaleza tiene sus límites. Es tiempo de que el hombre se dé cuenta.